



Llega a Chile el ardoroso libro "Historia de las orgías", de Burgo Partridge

Tres mil años de sexo, lujuria y perversión

El volumen hace un lúbrico recorrido por los más excesivos placeres de la carne, desde los refinados ceremoniales griegos hasta las desenfrenadas fogatas de Rasputín, pasando por las fenomenales partusas del Papa Alejandro VI.

Alfonso Cortínez T.

Quien con qué todo tiempo pasado fue mejor y que hoy vivamos en una época particularmente proclive al desenfreno y a los desahos de la historia como los grandes viciosos y disolutos que se recreaban en su propia decadencia moral, ahora tiene una buena oportunidad para dejarse de ahumarse y darse cuenta de que el mundo, desde que es mundo, ha sido escenario habitual de partusas, juergas amorosas y toda clase de alborotos genitales que la mente humana haya podido imaginar.

En efecto, recién publicado en Barcelona por Ediciones B, acaba de llegar a Chile el libro "Historia de las orgías", del inglés Burgo Partridge, quien describe en breves pero sustanciosas docenas páginas innumerables episodios de los hombres y mujeres que en todos los tiempos se han dedicado sin remisión a la total insubordinación de la carne.

El volumen comienza con las frías y frías sexuales de los griegos, quienes cultivaban la orgía como medio oficialmente reconocido para liberar tensiones, a la vez que la servían como plato fuerte de sus numerosas festividades religiosas. Por supuesto, las fiestas más famosas, orgiásticas y disolutas se hacían en honor a la diosa Afrodita, cuyo lugar de nacimiento, la isla de Chipre de Pafos, fue un epicentro de sensualidad y lujuria desenfrenada, pero lejos del gran refinamiento que caracterizaba los cultos griegos del amor y la belleza: hermosas muchachas bailaban confusamente la danza de la diosa en el mar y la salmaban con flores, para luego bañarse ellas mismas "en aguas aromáticas que corrían entre matas de mirto sagrado y en bondonadas cubiertas de almendros floridos, en preparación para los ruidosos orgasmos de amor".

Alzante mentes pulcras, los romanos sentían escombros que le ponían la carne de gallos tachado al más degenerado de nuestros psicópatas. Burgo Partridge sostiene que "el pueblo romano ha visto el que ha emprendido el experimento orgiástico con resultados más espectaculares, pero también más despreciables". Los emperadores, por cierto, eran los que llevaban la batuta de la perversión y la crueldad, como en el caso de Heliofilo, quien adentró dentro a los senadores y los caballeros de Roma: rituales que incluían por lo bajo sacrificios humanos y quemazón de genitales coronados de adolescentes.

Durante la Edad Media y el Renacimiento la fuerza se trasladó a los obispos, monasterios e incluso al mismísimo papado. El cura Tato queda como niño de pecho al lado de sacerdotes como Anghelino, que entregó a los mujeres de la aldea para darle mejores comodidades a su hija de concubinas, o Enrique III, a quien se le conocieron 65 hijos ilegítimos, o los monjes de Saint-Théodard, que imponían el "derecho de la primera noche" a las candidatas recién casadas. Pero el campeón de las partusas fue el Papa Alejandro VI, cabecilla de los Borgias, que solía castigar con ferozesses fiestas, saluaciones bailes de buena cintura coreografiados, competencias de como inintermitentes y espectáculos sexuales de bromes corrientes en celo. En fin: qué no hizo Su Santidad.

Numerosos personajes famosos por su propensión a las diversas tentaciones del sexo continúan el histórico panorama de "Historia de las orgías": los verdugos del Inquisidor, los señores de Sade o las estruendosas sesiones de magia y amor del poeta Alexander Crowley. El breche da oro lo pone el misterioso poder de seducción de Gregor Yefimovich Rasputin, quien solía ir con sus discípulos al bosque, donde bailaban frenéticamente alrededor de una fogata, hasta que se oían gemidos y suspiros. Entonces las llamas se extinguían y, desde la oscuridad, Rasputin exclamaba: "¡Probad vuestras carnes!".

Señoritas avezadas

A fines del siglo diecisiete, Londres estaba llena de lupanaras y casas de huera para que los perimetres y los galanes fueran a liberar sus fantasmas. En el Club de Baile, por ejemplo, festejaban señoritas muy avezadas en los artes amorosas, como Oyster Moll, cuya saga biográfica está siempre bien dispuesta a comer bofetadas entre un regimiento de guardias.

El fundador del club era profesor de danza y admitió a quien quisiera asistir a sus ágiles sesiones coreográficas, donde los socios "eran libres de menear al bailarín y apretar sus miembros al ritmo de cualquier melodía", y así ponían "por gracia de un baile, sus culos a tiro para otro".

Cuando las bailarinas querían probar otras danzas, disponían de unos cuartos especiales, pero siempre había quienes no podían permitirse ese lujo y, en consecuencia, satisfacían sus deseos en el suelo, entre los pies de los bailarinas.

El mundo siempre ha sido escenario de alborotos genitales de todo tipo.



Tres mil años de sexo, lujuria y perversión [artículo] Alfonso Cortínez T.

Libros y documentos

AUTORÍA

Cortínez T., Alfonso

FECHA DE PUBLICACIÓN

2004

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Tres mil años de sexo, lujuria y perversión [artículo] Alfonso Cortínez T.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile